

El placer prohibido

Darvin Arévalo Castellanos

Image not found.

Capítulo 1

Desperté y solo distinguí la tenue imagen de una mujer, distanciada por la vida, distanciada por el destino que a veces es caprichoso e inentendible, dude quien era, sin embargo me acerque, y –si era ella- la que imagine, la que de forma anónima ha cautivado mis sueños, esa mujer que sin identificarla me ha dado un placer, -prohibido por cierto- teniendo a la oscuridad de los sueños como única testigo. Ahh que noches en vivido, con que decepción he despertado cuando aún la tengo en mis brazos, que triste es dejar de sentir su aroma cuando vuelvo a la realidad.

Pero ahora la tenía frente a mí, me acerque un poco más, vi que temblaba, ¿pero porque?, sus labios húmedos eran una invitación a la gloria, sus ojos eran la puerta de su alma, una puerta abierta de par en par, una puerta que mostraba los deseos que hasta ese momento había tenido reprimidos, si... transpiraba su deseo por ser amada, cada célula de su cuerpo ardía como las brasas que son resopladas por el viento, lo prohibido, hacía de su deseo algo feroz, algo insaciable.

La vi dudar. Dentro de su cuerpo se libraba la dura batalla entre el ser y la carne, entre lo permitido y lo prohibido, entre el recato y el impudor, pero pudo más la pasión, pudo más el placer que está destinado a nosotros los vivos, el mañana dejo de importar, estaba dispuesta a arriesgarlo todo por sentirse mujer, por sentirse amada, por sentirse viva. Sentí una oleada de retumbos que me estremecían, era mi corazón, palpataba a una velocidad inimaginable, sin tocarla la sentía conmigo, sin tocarla ya era mía, que bella mujer, por fin la iba a tener.

Acercándome, roce sus manos, temblaban pero no de frío, -era el deseo el culpable-, yo igual temblaba, mis manos rozaron suavemente su cuello, tímidamente mis labios acompañaron a mis manos, cerro sus ojos, -deje de ver su alma- y empecé a sentir su aroma, -que delicia de aroma-, no sé cuántas veces mis labios recorrieron su cuello, deliraba de placer, nos derretíamos de deseo. La ropa empezó a estorbar, con ella nos quitamos el último rescoldo de pudor que nos quedaba, dos cuerpos desnudos deseándose como fieras en celo, jugueteando como inocentes seres que solo saben amarse, haciendo de cada caricia una obra de arte, recorriendo todos los rincones de dos cuerpos ardiendo, de dos cuerpos cuyo único deseo era entregarse completos.

-También hay gloria en la tierra-, por fin dejamos de ser dos, nos hicimos uno, recorrimos las llanuras del placer y la lujuria, fuimos y venimos en un viaje sin fin, el mundo solo éramos los dos, que importaba lo demás, cuatro paredes que silenciosas observaban como dos fieras sin control se entregaban, dos seres enredados como si fuese la única oportunidad de estar juntos, como si el mundo se acabase ese día, recorrimos la vereda

de lo prohibido, los valles de lo pecaminoso, los caudales del verdadero placer. De la mano finalizamos el viaje, con la delicia de haber cumplido una misión tan exquisita, tocamos la gloria, dos corazones unidos, palpitando a un mismo ritmo, dos cuerpos entregados por completo, dando su último hálito de vida, dos débiles alientos haciéndose uno para recuperar las fuerzas que el deseo devoró.

Yaciendo allí, derrotado por la embestida que mi cuerpo había recibido como consecuencia de mis deseos, desperté, -era un sueño-, que cruel es la realidad cuando la fantasía es tan hermosa.

Autor: Darwin Arévalo